

su organismo. A veces, todavía en aquella muerta, en aquella anciana pálida que parecía no tener ya una gota de sangre, aparecían crisis nerviosas como corrientes eléctricas que la galvanizaban y le devolvían durante una hora una vida de atroz intensidad. Entonces quedábase en el lecho, rígida, con los ojos abiertos; luego retorcíase convulsa, y desarrollaban sus músculos esa fuerza sobrenatural de las locas histéricas á quienes es preciso atar para que no se rompan la cabeza contra la pared. Aquellas reminiscencias de sus antiguos ardores, aquellos bruscos ataques, sacudían horriblemente su pobre cuerpo dolorido; era como si toda su juventud de ardorosa pasión brillara vergonzosamente en sus frialdades de sexagenaria. Cuando volvía en sí, tambaleábase y parecía tan descompuesta, que las mujeres del arrabal decían: «¡La vieja loca ha bebido!»

La infantil sonrisa del pequeño Silverio fué para ella un pálido rayo de sol que calentó sus aterridos miembros. Había pedido que le dejaran tener consigo á su nieto, aterrada ante la idea de su soledad espantosa, temiendo morir sola en una de aquellas crisis. Aquella criaturita que se agitaba en derredor suyo la tranquilizaba contra la muerte. Sin salir de su mutismo, sin que sus movimientos perdieran la rigidez automática, se aficionó á él con ternura inefable; tiesa, muda, veía le jugar horas enteras, oyendo con delicia el estrépito intolerable con que llenaba la vieja casucha, aquella tumba vibrante de ruido desde que Silverio la recorría montado en un palo de escoba, tropezando con las puertas, gritando ó llorando; esto hacía descender á Adelaida sobre la tierra, y que se ocupase de él con torpeza adorable. Ella, que cuando joven había olvidado ser madre por ser amante, experimentaba las divinas voluptuosidades de un nuevo alumbramiento al vestirle y

desnudarle y al velar sin descanso por su débil existencia. Fué aquél un ensueño de amor, una última pasión dulce que el cielo concedía á aquella mujer completamente aniquilada por la necesidad de amar; conmovedora agonía de aquel corazón que había vivido en los más furiosos deseos y que se moría en el afecto hacia un niño. Estaba ya demasiado muerta para tener las ruidosas efusiones de las abuelas buenas y sanas; adoraba al huérfano secretamente con pudores de doncella sin poder encontrar caricias que prodigarle. A veces le ponía sobre el regazo y le contemplaba largo rato con sus ojos mortecinos; cuando el pequeño, asustado por aquel semblante pálido y mudo, comenzaba á sollozar, Adelaida parecía confusa por lo que acababa de hacer y lo volvía á poner con viveza en el suelo sin besarle. Acaso encontraba en él un lejano parecido con el contrabandista Macquart.

Silverio creció en constante contacto con su abuela. Con mimo infantil llamóla desde el primer instante tía Dida, y así continuó llamándola siempre: *tía*, en Provenza, es un término cariñoso. En su ternura, muy grande ciertamente, había algo de respetuoso terror. Cuando era chiquito, y la infeliz caía presa de una convulsión, huía llorando, espantado de la descomposición de su semblante; mas volvía tímidamente después del ataque, dispuesto á huir nuevamente, como si la pobre vieja hubiera sido capaz de pegarle. Más tarde, á los doce años, permanecía valientemente velando para que no se hiriese al caerse del lecho, y sujetándola estrechamente entre sus brazos para contener las bruscas sacudidas que retorcían sus miembros. Durante los intervalos de calma, contemplaba con lástima su faz contraída, su cuerpo escuálido, sobre el cual se ceñían las faldas semejantes á un sudario. Estos dramas secretos repetidos mensual-

mente, aquella vieja rígida como un cadáver, y aquel niño inclinado sobre ella espiando en silencio la vuelta de la vida, tomaban un extraño aspecto de silencioso espanto y de bondad en la sombría casucha. Cuando tía Dida volvía en sí, levantábase penosamente, arreglaba sus ropas y andaba de un lado para otro sin dirigir una pregunta siquiera á Silverio: de nada se acordaba, y el niño, por instinto de prudencia, evitaba hacer la más leve alusión á la escena pasada.

Estas crisis frecuentes ligaron aún más al nieto con la abuela; pero así como ella le adoraba sin ruidosas efusiones, él sentía hacia ella una afectación oculta y como vergonzosa: en el fondo estábale reconocido por haberle recogido y educado, y continuaba viendo en ella una criatura extraordinaria, presa de males desconocidos, á la que debía compadecerse y respetar. No había sin duda en Adelaida bastante humanidad; era demasiado blanca y demasiado rígida para que Silverio se atreviese á colgarse de su cuello; así vivieron siempre en un triste silencio, encubridor de una ternura infinita. Aquel ambiente melancólico y grave que respiró su alma desde la infancia, dotó á Silverio de un alma fuerte donde se amontonaron todos los entusiasmos. Desde muy pequeño fué un hombre serio, reflexivo, que buscó la instrucción con una especie de terquedad; sólo aprendió un poco de aritmética y rotografía en la escuela de los Hermanos, que las necesidades de su aprendizaje le hicieron abandonar á los doce años. Los primeros elementos siempre le faltaron; pero leyó cuantos libros descabalados llegaron á sus manos, y adquirió un extraño bagaje: tenía rudimentos de multitud de cosas incompletas, mal digeridas, que nunca logró clasificar claramente en su cerebro. Desde muy chiquito iba á jugar á casa de un carretero, un buen hombre llamado

Vian, cuyo taller estaba á la entrada del callejón, enfrente del campo de Saint-Mitre en el cual depositaba sus maderas; subíase á las ruedas de los carros en reparación, y se divertía en arrastrar las herramientas que sus manecitas apenas podían levantar; sus grandes alegrías eran entonces ayudar á los obreros acercándoles alguna pieza de madera ó llevándoles los hierros de que tenían necesidad.

Luego que pudo trabajar entró de aprendiz en casa de Vian. quien le había tomado cariño á fuerza de encontrarlo sin cesar entre sus piernas, y que pidió el niño á Adelaida, sin exigirle la menor retribución. Silverio aceptó desde luego, viendo próximo el momento en que devolvería á la pobre tía Dida el dinero que ésta había gastado con él. En poco tiempo consiguió ser un excelente obrero, pero sentía ambiciones más altas. Habiendo visto en un taller de coches de Plassans una carretela nueva, reluciente de barniz, habíase dicho que algún día construiría coches igual. Aquel carruaje quedó grabado en su mente como un objeto de arte raro y único, como un ideal hacia el cual se dirigían sus aspiraciones de obrero; los carros que construía en casa de Vian, aquellos carros que había amorosamente cuidado, le parecían ahora indignos de sus ternuras. Comenzó á frecuentar la escuela de dibujo, donde hizo amistad con un joven escapado del colegio, que le prestó su antiguo tratado de geometría, y engolfóse en este estudio, sin guía, torturando el cerebro para comprender las cosas más sencillas del mundo; así llegó á convertirse en uno de esos obreros sabios que apenas saben firmar, y que hablan del álgebra como de una persona conocida. Nada trastorna tanto un cerebro como una instrucción adquirida á ciegas, sin descansar en ninguna base sólida; generalmente esas migajas de

ciencia dan una falsa idea de las altas verdades, y vuelven á los pobres de espíritu insoportables de vanidad estúpida. En Silverio sólo sirvieron para excitar sus generosas exaltaciones, y hacerle adquirir el conocimiento de los horizontes que para él estaban vedados; formó una idea casi santa de las cosas que no podía tocar con la mano, y vivió consagrado á venerar con sencillo culto las grandes ideas y las grandes palabras, hacia las cuales se elevaba sin comprenderlas siempre. Era un inocente sublime, que permanecía de rodillas en el umbral del templo ante los cirios que tomaba de lejos por estrellas.

La casucha del callejón de Saint-Mittre componíase de un salón, sobre el que directamente se abría la puerta de la calle; este salón, enladrillado, y que servía á la vez de cocina y comedor, tenía por únicos muebles dos sillas de paja, una mesa y un arca vieja convertida en canapé por Adelaida extendiendo sobre la tapa un jirón de tela de lana. En una rinconera, á la izquierda de una enorme chimenea, estaba una Virgen de yeso, la patrona tradicional de las viejas de la Provenza, por poco devotas que sean, rodeada de flores artificiales; un corredor conducía al patio, situado en la parte trasera de la casa, y en él había un pozo; á la izquierda estaba una pequeña alcoba con una cama y una silla: era el dormitorio de Dida; á la derecha, en una pieza más estrecha todavía, donde había el sitio justo para un catre de tijera, dormía Silverio, quien, por medio de una serie de tablas colocadas en forma de estante, los cuales llegaban hasta el techo casi, conseguía tener junto á sí sus queridos libros, comprados *sous á sous* en casa de un trapero de la vecindad; por las noches, cuando leía, colgaba la luz de un clavo á la cabecera de la cama. Si Adelaida sufría algún ataque, no tenía más que dar un salto

para estar á su lado. Mozo ya, siguió viviendo como cuando niño: en aquel rincón perdido estaba circunscripta su existencia; sentía igual repugnancia que su padre por las tabernas y la vagancia del domingo; la alegría brutal de sus compañeros hería la delicadeza de su alma; prefería leer, romperse la cabeza resolviendo problemas de geometría. Después de hacer algunos recados que tía Dida le mandaba, ya no salía y vivía ajeno á su familia; á veces pensaba en este abandono, y miraba á la pobre vieja que moraba á dos pasos de sus hijos, y á quien éstos procuraban olvidar como si estuviese muerta: entonces duplicábase su cariño por ella, la amaba por él y por los demás; y si algunos momentos tenía vaga conciencia de que tía Dida espiaba antiguas faltas, pensaba: «Yo he nacido para perdonárselas.»

En un espíritu semejante, ardiente y contenido, las ideas republicanas se exaltaron naturalmente. Por la noche, en el fondo de su sotabanco, leía y releía un volumen de Rousseau, que encontró en casa del trapero vecino entre las viejas cerraduras. Aquella lectura le tenía despierto hasta la mañana en el ensueño querido de los desgraciados de dicha universal; las palabras «libertad, igualdad y fraternidad» sonaban en sus oídos con ese ruido sonoro y sagrado de las campanas, que hace caer á los fieles de rodillas; así, cuando supo que en Francia había sido proclamada la República, creyó que todo el mundo iba á vivir en beatitud celeste. Su instrucción á medias le hacía ver más allá que los demás obreros; sus aspiraciones no se limitaban al pan cotidiano; pero, profundamente sencillo, ignorante de la manera de ser de los hombres, manteníanle en perpetuo sueño teórico, en medio de Edén en que reinaba la eterna justicia. Cuando creyó advertir que no mar-

chaba todo bien en la mejor de las repúblicas, sintió dolor inmenso, y concibió otra fantasía: la de obligar á los hombres á ser felices, aunque fuese á la fuerza. Cada acto que le parecía atentatorio á los intereses del pueblo encendía en él indignación vengadora. Siendo dulce como un niño, tuvo odios políticos; él, que no hubiera aplastado á una mosca, hablaba á todas horas de tomar las armas; la libertad fué su pasión, una pasión no razonada, absoluta, que absorbió todo el ardor de su sangre. Ciego de entusiasmo, demasiado instruido é ignorante á la vez para ser tolerante, no quiso contar con los hombres: necesitaba un gobierno ideal, de entera justicia y libertad. Por aquella época fué cuando su tío Macquart pensó lanzarle, contra los Rougon; decíase que aquel joven loco haría una terrible faena si lograba exasperarle bastante; su cálculo no dejaba de ser astuto. Fingiendo grande admiración por las ideas del joven, procuró atraérselo; al principio estuvo en poco que no comprometiera el éxito, porque tenía una manera interesada de considerar el triunfo de la República; considerábala como una era de dichosa holganza y de comilonas sin fin; esto hirió las aspiraciones puramente morales de su sobrino. Comprendió que iba por mal camino y se lanzó á una charlatanería extravagante, á un cúmulo de palabras huecas y sonoras que Silverio aceptó como una prueba suficiente de civismo. Poco tardaron en reunirse dos ó tres veces por semana: en sus largas discusiones decidían de la suerte del país, y Antonio procuró persuadir al joven de que el salón de los Rougon era el principal obstáculo para el bienestar de la Francia; pero de nuevo equivocó el camino, llamando á su madre «vieja bribona» delante de Silverio. Llegó hasta contarle los antiguos escándalos de la pobre vieja; el joven, rojo de vergüenza, le escuchaba

sin interrumpirle; nada le había preguntado sobre tales asuntos, y quedó resentido por aquellas confianzas, que le herían en su respetuosa ternura hacia tía Dida. Desde aquel día rodeó á su abuela de más tiernos cuidados, y tuvo para ella más sonrisas de perdón y de lástima. Por otra parte, Macquart, advirtiendo que había cometido una necedad, se esforzó en utilizar la ternura de Silverio, acusando á los Rougon del aislamiento y la pobreza de Adelaida. Al oírlo, hubiérase creído que había sido siempre el mejor de los hijos; los hermanos se habían portado de una manera in-noble; habían despojado á su madre, y hoy, que no tenía ya un *sous*, se avergonzaban de ella. Sobre este tema hablaba y no concluía nunca, y, con gran satisfacción de Antonio, Silverio, escuchándole, indignábase contra su tío Pedro.

Siempre que el joven visitaba á Macquart se repetía la misma escena. Llegaba por la noche á la hora de comer; Antonio solía estar atracándose de patatas guisadas y gruñendo: escogía los pedazos de tocino, y seguía con los ojos el plato cuando iba á manos de Juan ó de Gervasia.

—Mira, Silverio, ¿ves? ¡Patatas, patatas y siempre patatas!—decía con sorda rabia, que en vano quería ocultar bajo un aspecto de irónica indiferencia.—No comemos más que esto; la carne es para los ricos. No hay manera de salir de apuros teniendo hijos con un apetito de todos los diablos.

Gervasia y Juan bajaban los ojos, y no se atrevían ni siquiera á comer pan. Silverio, viviendo en el cielo de sus sueños, no se daba cuenta de la situación, y con voz tranquila pronunciaba estas palabras, preñadas de tempestad:

—Pero, tío mío; usted debía trabajar.

—¡Ah!—le replicaba Antonio, herido en lo vivo.

—Conque trabajar ¿eh? ¿Para que esos bribones

de ricos especulen conmigo? Ganaría acaso dos francos matándome. ¿Vale eso la pena?

—Se gana lo que se puede—añadió el mozo.— Dos francos son dos francos, y eso ayuda en una casa. Además, habiendo sido soldado, nada más fácil que obtener un empleo.

Fina, con una vivacidad de la que muchas veces tenía que arrepentirse, intervenía diciendo:

—Eso le digo todos los días. Así como así, el inspector del mercado necesita un ayudante; le he hablado de mi marido, y parece bien dispuesto.

Macquart la miraba echando fuego, y gruñía con mal contenida cólera:

—¡Eh! ¡Cállate! ¡Estas mujeres nunca saben lo que dicen!... ¡A mí no me quieren! ¡Conocen bien mis opiniones!

A cada plaza que le ofrecían se ponía furioso; mas no por ello dejaba de pretenderlas á todas horas, sin perjuicio de rehusar las que le daban, fundándose en las razones más estrambóticas. Cuando le hostigaban mucho, tornábase terrible. Si después de comer, Juan se ponía á leer un periódico, exclamaba con imperio:

—Mejor harías en irte á acostar; mañana te levantarás tarde y será un jornal perdido. ¡Decir que este galopín ha traído ocho francos de menos la semana pasada! Pero ya le he dicho á su maestro que, en adelante, yo iré á cobrar las quincenas; yo, yo mismo.

Para no oír las recriminaciones injustas de su padre, Juan se iba á acostar. Simpatizaba poco con Silverio, la política le fastidiaba, y decía que su primo estaba algo tocado. Cuando sólo quedaban las mujeres, si por desgracia hablaban en voz baja después de levantar los manteles, gritaba Macquart:

—¡Ah! ¡Holgazanas! ¡No tenéis nada que recomendar? Andamos todos llenos de andrajos... Y á

propósito. Escucha, Gervasia: he estado en casa de tu maestra, y he sabido buenas cosas. Eres una correntona, que no sirves para nada.

Gervasia, moza ya de veinte años, se ruborizaba de verse así tratada delante de Silverio; éste, frente á ella experimentaba cierto malestar. Una noche que llegó tarde y estando ausente su tío, hallólas, á ella y á su madre, borrachas perdidas delante de una botella vacía. Desde entonces no podía ver á su prima sin acordarse del espectáculo vergonzoso que ofrecía aquella niña riendo con risa estúpida y con anchas placas rojas sobre su pobre carita pálida. Intimidábanle también las historias que corrían sobre ella. Habiendo crecido en una castidad de cenobita, mirábala á veces á hurtadillas con el asombro temeroso de un colegial ante una muchacha.

Cuando las dos mujeres, aguja en mano, se gastaban la vista componiendo la ropa blanca, Macquart, sentado en la silla mejor, repantigábase voluptuosamente, canturreando y fumando, como quien saborea su holgazanería. Entonces era cuando más criticaba la picardía de los ricos que chupaban la sangre á los pobres; exaltábase y vociferaba contra los miserables de los barrios nuevos, que vivían consagrados á la pereza y se hacían mantener por el infeliz pueblo. Pasando por sus labios, convertíanse en grotescas teorías los jirones de pensamientos comunistas que por la mañana había leído en el periódico. Hablaba de una época cercana en que nadie se vería obligado á trabajar. Pero los Rougon eran el objeto de sus más feroces odios; no podía digerir, sin desesperarse, las patatas que acababa de comer.

—Hoy he visto—decía—á esa pícara de Felicidad comprando un pollo en la plaza. ¡Bien comen pollos esos ladrones de herencias!

—Tía Dida dice—exclamó un día Silverio—que

mi tío Pedro se portó bien con usted cuando volvió del servicio. ¿No gastó una fuerte suma en vestirle y ponerle casa?

—¡Una fuerte suma!—aulló Macquart, desesperado.—¡Tu abuela está loca! Eso lo cuentan por ahí los grandísimos bandidos para taparme la boca. No he recibido ni un céntimo.

Fina intervino, cometiendo una torpeza, porque le recordó que había recibido doscientos francos, un traje y un año de alquiler de casa. Antonio la mandó callar, y con furia creciente prosiguió:

—¡Doscientos francos! ¡Vaya un negocio! Lo que yo quería era mi parte; ¡diez mil francos! Más vale que no hablemos del tabuco en donde me alojaron como si fuera un perro, y de la levita vieja de Pedro que me dieron porque él ya no se atrevía á llevarla; tan sucia y agujereada estaba.—Mentía, pero ante su cólera nadie se atrevía á contradecirle. Luego, volviéndose hacia Silverio, prosiguió:—¡Buen inocente eres tú que los defiendes! Despojaron á tu madre, y la buena mujer no estaría muerta si hubiera tenido con qué curarse.

—No es usted justo, tío—decía el joven;—mi madre no murió por falta de cuidado y me consta que mi padre nunca hubiese aceptado un céntimo de la familia de su mujer.

—¡Bah! ¡Déjame en paz! Tu padre hubiera tomado el dinero como cualquiera otro. Nos han robado indignamente, y es justo que pretendamos que nos restituyan lo nuestro.—Y por centésima vez tornaba á contar la historia de los cincuenta mil francos. Silverio, que se la sabía ya de memoria, con todos los accesorios que para adornarla lea ñadía Macquart, escuchaba impaciente.—Si tú fueras hombre—decía para concluir—vendrías un día conmigo á casa de los Rougon, y verías el

escándalo que les armábamos. No salíamos de allí sin que nos diesen dinero.

Pero Silverio, con gesto grave y voz enérgica, respondía:

—Si esos miserables nos han robado, peor para ellos; para nada quiero su dinero. No somos nosotros los llamados á herir á nuestra familia. Si han obrado mal, algún día serán terriblemente castigados.

—¡Ah, inocente!—gruñía Antonio.—Cuando seamos los más fuertes, verás tú como yo resuelvo por mí mismo mis asuntos. El buen Dios no se ocupa de nosotros. ¡Cochina familia, cochina familia la nuestra! Habíamos de estarnos muriendo, y ninguno de esos pillos vendría á darnos un pedazo de pan seco.

Cuando Macquart emprendía esta tarea no acababa nunca; ponía á la vista las sangrientas heridas de su envidia todo lo veía rojo cuando pensaba que era el único de la familia que no había tenido suerte y que comía patatas, mientras los otros tenían carne á discreción. Todos sus parientes, hasta los hijos de sus sobrinos, llevaban su parte de culpa, y para todos tenía insultos y amenazas.

—Sí, sí—decía con amargura;—me dejarían reventar como un perro.

Gervasia, sin levantar la cabeza ni dejar de coser, decía á veces tímidamente:

—Sin embargo, papá, mi primo Pascual se portó muy bien con nosotros cuando estuviste malo el año pasado.

—Te curó sin pedir un céntimo—prosiguió Fina, apoyando á su hija;—y muchas veces me ha dado piezas de cinco francos para ponerte un caldo.

—¿Eh? Me hubiera hecho reventar si no llego á tener tan buena constitución. ¡Callaos, bestias! ¡Os dejaréis engañar como un niño! Todos quisie-

ran verme muerto. Si vuelvo á estar enfermo, guardaos de ir á buscar á mi sobrino, porque no estaría tranquilo si me viera entre sus manos. Es un médico de cuatro *sous*; no tiene una persona decente en su clientela.—Cuando en este camino se lanzaba Macquart, no sabía detenerse. Prosiguió:

—¿Pues y ese viborezno de Arístides? ¿Qué te parece? Es un falso hermano, un traidor. ¿Te fías tú de lo que dice en sus artículos de *El Independiente*, Silverio? Valiente tonto serías. Ni siquiera están escritos en francés. Siempre he dicho que ese republicano de contrabando estaba de acuerdo con su excelente padre para burlarse de nosotros. Ya verás cómo vuelve la casaca... ¿Y qué me dices de su hermano, el ilustre Eugenio, aquel animalote de quien tan orgullosos están los Rougon? ¡Pues no tienen el descaro de decir que ocupa una gran posición en París! Que vengan á contármelo á mí, que conozco esa ocupación. Está empleado en la calle de Jerusalén: es un polizonte.

—¿Y usted qué sabe de eso, tío?—interrumpió Silverio, á quien las palabras mordaces y mentirosas de su tío herían en el fondo de su recta conciencia.

—Conque no sé, ¿eh? ¡Cuando te digo que es un polizonte!... Tú te dejarías esquilar como un borrego; con tu benevolencia no eres un hombre. No quiero hablar mal de tu hermano Francisco, pero en tu lugar me consideraría vejado por la manera como se porta contigo: gana en Marsella cuanto quiere, y no es capaz de mandarte ni veinte francos para tus gastos. Si algún día caes en la miseria, no te aconsejo que recurras á él.

—No necesito de nadie—repuso el joven con orgullo y ligeramente contrariado.—Mi trabajo

basta para cubrir las necesidades de tía Dida y mías. ¡Es usted cruel, tío!...

—Yo digo la verdad; esto es todo. Quisiera abrirte los ojos. Nuestra familia es una familia cochina; es triste, pero es así. No hay uno de ella, hasta Maximito, el hijo de Arístides, que no me haga burla cuando me ve. ¡Ah! Lo que es ese chicuelo le pegará un día á su madre, y le estará bien empleado. Por más que digas, esas gentes no merecen la suerte que tienen; pero eso sucede en las familias: los buenos sufren y los malos hacen fortuna.

Toda aquella ropa sucia que Macquart lavaba con tanto placer delante de su sobrino, disgustaba profundamente á éste, que hubiera querido volver á su sueño. Cuando daba muestras demasiado vivas de su impaciencia, Antonio apelaba á los grandes medios para exasperarle contra sus parientes.

—¡Defiéndelos!—le decía fingiendo calmarse,—yo al cabo me he arreglado para no tener más cuentas con ellos. Lo que te digo es por cariño á mi pobre madre, á quien toda esa pandilla trata de un modo irritante.

—¡Son unos miserables!—murmuraba Silverio.

—¡Oh! Tú no sabes ni oyes nada; no hay calumnia que los Rougon no inventen contra la pobre abuela. Arístides ha prohibido á su hijo que la salude siquiera, y Felicidad habla de hacerla encerrar en una casa de locos.

El joven, pálido como la cera, interrumpió bruscamente á su tío.

—¡Basta!—gritó.—No quiero saber más. Fuerza será que esto concluya de una vez.

—Bueno; me callo, puesto que te contraría—gruñó el viejo bribón fingiendo benevolencia;—pero hay cosas que conviene que sepas, so pena de que hagas el papel de un imbécil.

Al paso que le excitaba contra la familia de su hermano Pedro, Macquart experimentaba extraño placer viendo cómo la rabia y la pena hacían asomar el llanto á los ojos del joven. Acaso le detestara más todavía que á los otros, porque era excelente obrero y no bebía nunca; así es que aguzaba el ingenio inventando atroces mentiras, que se clavaban como puñales en el corazón de Silverio; gozaba viéndole pálido, tembloroso, con la vista extraviada, con la voluptuosidad malvada que calcula sus golpes y que ha tocado á su víctima en lo vivo. Después que le había puesto en aquel estado, abordaba la cuestión política.

—Me han dicho—murmuraba con acento misterioso—que los Rougon preparan un mal golpe.

—¿Un mal golpe?—preguntaba Silverio con interés.

—Sí. Una de estas noches van á coger á los buenos ciudadanos y á meterlos en la cárcel.

El joven dudaba al principio; pero su tío le daba pormenores tan precisos, hablaba de listas hechas y nombraba las personas que figuraban en ella, indicaba la manera, la hora y las circunstancias en que se llevaría á cabo el complot, que poco á poco se dejaba el joven seducir por aquel cuento de comadre y deliraba contra los enemigos de la República.

—Esos son los que debemos reducir á la impotencia si prosiguen traicionando al país. ¿Y qué piensan hacer con los ciudadanos que prendan?

—¿Que qué piensan hacer?—respondía Macquart con una sonrisita seca.—Pues fusilarlos en los sótanos de la prisión.—Y como el joven, estupefacto de horror, lo contemplase sin pronunciar una palabra.—No será el primero que asesinen allí—continuó.—No tienes más que ir á rondar por la noche tras el palacio de Justicia, y oírás disparos y gemidos.

—¡Oh! ¡Infames!—murmuraba Silverio.

Entonces tío y sobrino se engolfaban en la alta política, y Fina y Gervasia aprovechaban su distracción para irse á acostar en silencio. Así pasaban la noche hasta las doce, hablando de las noticias de París y de la próxima é inevitable lucha. Macquart peroraba amargamente contra los hombres de su partido: Silverio soñaba á voces y para sí solo con sus ideales de libertad ideal. Extrañas conferencias, durante las que el tío bebía sinnúmero de copitas y Silverio acababa por embriagarse de entusiasmo. Pero en vano trató Antonio de forjar, con el concurso del mozo, una perfidia, un plan de guerra contra los Rougon: por más que le empujaba, sólo escuchó de su boca apelaciones á la justicia eterna que tarde ó temprano castigaría á los malvados. El generoso joven hablaba de tomar un fusil y destruir á los enemigos de la República; pero tan luego como estos enemigos salían del círculo de su sueño y se personificaban en su tío Pedro ó en otra persona conocida, acudía á la celeste ira para evitarse el disgusto de verter su sangre. Es más que probable que hubiese dejado de frecuentar el trato de Macquart, cuyas miserables ideas le herían en el alma, si hubiese tenido en su casa alguien con quien poder hablar de su querida República. Pero, de todas suertes, Antonio tuvo una decisiva influencia sobre su porvenir: con sus constantes diatribas irritó sus nervios, y acabó por hacerle ansiar con verdadero frenesí la lucha armada, la conquista violenta de la felicidad universal.

Cuando Silverio cumplió los dieciséis años, Macquart lo hizo iniciar en la sociedad secreta de los «Montañeses», asociación poderosa que se extendía por todo el Mediodía. Desde entonces el mozo acarició con la mirada la carabina del contraban-



disto, que Adelaida tenía colgada bajo la campana de la chimenea. Una noche, en tanto que la anciana dormía, limpió cuidadosamente la vieja arma y la puso en estado de servir; después la volvió á colgar, y esperó. Mecíase en sueños de iluminado, forjaba gigantescas epopeyas, ideales luchas homéricas semejantes á caballerescos torneos, de los cuales salían vencedores los campeones de la libertad y aclamados por el mundo entero.

Macquart, á pesar de lo inútil de sus esfuerzos, no se desanimó. Pensó que, para hacer morir de rabia á los Rougon, bastaría con obligarles á consumirse en la obscuridad. Sus furores de holgazán envidioso y hambriento crecieron todavía más á consecuencia de varios acontecimientos que le obligaron á volver á trabajar. A principios del año 1850 Fina murió casi de repente, de una fluxión al pecho que había cogido una noche yendo á lavar la ropa de la familia en el Viorne y traerla mojada sobre sus espaldas. Había llegado empapada de agua y de sudor, aplastada por aquel fardo de enorme peso, y no había vuelto á levantarse. Su muerte consternó á Macquart, porque con ella perdió la renta más segura. Cuando pocos días después vendió el hornillo donde asaba la difunta las castañas y el caballete sobre el cual componía las sillas, acusó groseramente á Dios por haberle arrebatado aquella compañera de quien se avergonzó toda la vida y cuyo valor conocía ahora. Lanzóse, pues, sobre la ganancia de sus hijos con mayor avidez; pero un mes más tarde, Gervasia, cansada del constante expolio, se fué con sus dos hijos y Lantier, á quien se le había muerto la madre; los amantes se refugiaron en París. Antonio se desató innoblemente contra su hija, deseándole que reventase en el hospital como las pérdidas de su clase, mas no mejoró su

situación gravísima aquel torrente de injurias y anatemas. Juan siguió muy pronto el ejemplo: arreglóse de manera que un día de paga cobró él, y al partir encargó á uno de sus amigos, que se lo repitió á Antonio, que no quería seguir alimentando al holgazán de su padre, y que si pretendía hacerle prender por los gendarmes, estaba resuelto á no volver á tocar siquiera una herramienta del oficio.

Cuando después de buscarle en vano á la mañana siguiente, se convenció Antonio de que el mal no tenía remedio, al verse solo en aquella casa en donde por espacio de veinte años obligó á todos los suyos á sostenerle sin ocuparse en nada, apoderóse de él una rabia atroz y dió patadas á los muebles, y aulló las más monstruosas imprecaciones: después se calmó y se puso á arrastrar los pies como un convaleciente; el temor de verse obligado á ganar el pan, le ponía efectivamente malo. Cuando fué Silverio por la noche, se lamentó con lágrimas en los ojos de la ingratitude de sus hijos. ¿No había sido siempre un buen padre? Juan y Gervasia eran dos monstruos, que le pagaban bien mal los sacrificios que había hecho por ellos. Como ya era viejo y nada podían sacar de él, le abandonaban.—Pero, tío—le dijo Silverio;—aún está usted en edad de trabajar.

Macquart, tosiendo, encorvándose, movió lúgubremente la cabeza, como para dar á entender que no resistiría mucho tiempo la más leve fatiga. En el momento en que se iba á marchar el joven, le pidió diez francos. Pasó un mes llevando uno tras otro á casa de un traperero todos los objetos que usaron sus hijos, vendiendo cuantos trastos había en la casa. A poco, ya no le quedaban más muebles que su cama, una mesa, una silla y la ropa que llevaba puesta. Luego cambió la cama de nogal por un catre de tijera, y cuando ya

agotó hasta el último recurso, llorando de rabia, con la palidez de un hombre que se resigna al suicidio, fué á buscar el fajo de mimbres olvidado en un rincón por espacio de un cuarto de siglo; al cogerle, parecióle que levantaba una montaña. Renegando de todo el género humano, se puso á tejer cestas, y entonces, más que nunca, habló de repartir los bienes de los ricos. Se manifestó terrible; incendió la taberna con sus discursos, y sus furibundas miradas le aseguraron un crédito ilimitado. Por lo demás, sólo trabajaba cuando Silverio ó algún otro no le daban un franco. Ya no era el «señor Macquart»; ya no existía aquel obrero afeitado y vestido todos los días con el traje de los domingos, haciendo el papel de burgués; volvió á ser el pobre diablo sucio que en otro tiempo había especulado con sus harapos. Desde que casi á diario andaba vendiendo cestas por el mercado, Felicidad no se atrevía á ir allí. Un día le armó un escándalo atroz; su rabia contra los Rougon crecía con su miseria. Juraba, profiriendo horribles amenazas, hacerse por sí mismo justicia puesto que los ricos se confabulaban para obligarle á trabajar.

En semejante estado de ánimo, acogió el golpe de Estado con la alegría ardiente y ruidosa de un perro que husmea la presa. Los pocos liberales dignos y respetables de la ciudad no pudieron ponerse de acuerdo, y naturalmente, él se convirtió en uno de los agentes más notables de la revolución. A pesar del mal concepto que de él tenían formado los obreros, hubieron de aceptarle como una bandera bajo la cual podían agruparse; pero al ver la ciudad tranquila durante los primeros días, Macquart creyó fracasados sus planes. La insurrección de las gentes del campo le devolvió la esperanza; por nada del mundo hubiera salido de Plassans; así es que inventó una

excusa para no seguir á los obreros que el domingo por la mañana partieron á incorporarse á los insurrectos del Palud y de Saint-Martin-de-Vaulx. La noche de aquel mismo día, estando con algunos fieles en una taberna del barrio viejo, un compañero llegó á avisarle que se encontraba á pocos kilómetros de Plassans la columna insurrecta: la noticia habíala traído un propio que logró penetrar en la ciudad, y que llevaba la orden de abrir las puertas y dar entrada á la columna. El entusiasmo estalló entre los republicanos que rodeaban á Antonio: éste, sobre todo, parecía delirar de entusiasmo. La imprevista llegada de los insurrectos le pareció una delicada atención de la Providencia para con él, y sus manos temblaron pensando que dentro de poco tendría cogido á Rougon por el pescuezo. Seguido de los que le rodeaban salió de la taberna. Pronto estuvieron reunidos en el paseo de Sauvaire todos los republicanos que no habían dejado la ciudad.

Aquella era la columna que vió Rougon al ir á esconderse en casa de su madre. Cuando la partida estuvo en lo alto de la calle de la Banne, Macquart, que se había quedado á la cola en compañía de cuatro mocetones ligeros de cascos, á quienes tenía dominados con su charlatanismo de café, persuadióles de que era preciso detener en seguida á todos los enemigos de la República, si querían evitar mayores males; mas lo cierto era que temía que se le escapase Pedro en medio de la confusión que iba á producir la entrada de los insurrectos. Los cuatro compañeros lo siguieron con docilidad y fueron á gritar á la puerta de Rougon. En aquellas críticas circunstancias, Felicidad estuvo admirable de valor, y bajó á abrir la puerta de la calle.

—¡Queremos subir á tu casa!—dijo brutalmente Macquart.

—Pues bien, señores, suban ustedes—respondió con irónica cortesía, fingiendo no conocer á su cuñado.

Una vez arriba, Macquart mandóle que llamase á Rougon.

—No está mi marido—dijo Felicidad con gran serenidad.—Ha ido de viaje para sus asuntos; tomó á las seis la diligencia de Marsella.

Al oír esto, Antonio hizo un gesto de rabia. Entró violentamente en el salón, registró la alcaoba, revolvió las ropas de la cama y los colchones, mirando detrás de los muebles y de las cortinas; los cuatro camaradas le ayudaban. Durante un cuarto de hora recorrieron la casa. Felicidad, sentada tranquilamente en el sofá, se ataba las cintas de las enaguas, como persona que, sorprendida en lo mejor del sueño, no ha tenido tiempo de vestirse por completo.

—¡Es verdad que ha huído! ¡El cobarde!—balbuceaba Macquart al volver al salón. Pero seguía mirando á su alrededor con desconfianza; tenía el presentimiento de que Pedro no podía haber abandonado la partida en el instante decisivo. Acercóse á Felicidad, que bostezaba, y le dijo:—Dinos dónde está escondido, y te prometo no hacerle daño alguno.

—¡He dicho la verdad!—repuso ella con impaciencia.—No puedo entregarles á mi marido, porque no está aquí. ¿No lo han registrado todo? Ahora, déjenme en paz.

Macquart, exasperado ante aquella sangre fría, iba seguramente á pegarle, cuando un ruido sordo subió desde la calle: era la columna de insurgentes que desembocaba en la calle de la Banne. Dejó el salón, después de enseñar el puño á su cuñada, tratándola de vieja bribona y amenazándola con volver pronto.

Al pie de la escalera, llamó aparte á uno de

los que le habían acompañado, sepulturero de oficio, llamado Cassoute, el más bruto de los cuatro, y le mandó que se sentara en el primer peldaño de la escalera, y que no se moviera hasta nueva orden.—Si ves entrar al canalla de arriba, ven en seguida á avisarme—le dijo.

El hombre aquel sentóse pesadamente. Cuando Antonio llegó á la calle, alzó los ojos y vió á Felicidad de codos en uno de los balcones del salón amarillo, mirando con curiosidad el desfile de los insurrectos como si se hubiera tratado de un regimiento que atravesara la ciudad con la música á la cabeza. Tanto le irritó aquella última señal de tranquilidad completa, que de buena gana hubiera subido otra vez y la hubiese arrojado á la calle. Siguió á la columna murmurando con voz sorda:—¡Sí, sí; míranos pasar, que mañana ya veremos si te asomas al balcón!

Eran cerca de las once de la noche cuando los insurrectos entraron en Plassans por la puerta de Roma. Los obreros que habían quedado dentro les abrieron las puertas, á pesar de las lamentaciones del guarda, al que quitaron las llaves á la fuerza. Aquel hombre, muy celoso de sus funciones, se quedó anonadado ante aquella ola de la multitud: él, que no dejaba entrar más que una persona á la vez después de haberle mirado mucho tiempo la cara, murmuraba que estaba deshonrado.

A la cabeza de la columna iban los que procedían de la población, guiando á sus compañeros: en la primera fila, Miette, con Silverio á la izquierda, llevaba la bandera con más entusiasmo todavía desde que advertía tras las persianas cerradas las miradas medrosas de los burgueses, sorprendidos en lo mejor del sueño. Con prudencia y lentitud recorrieron los insurrectos las calles

de Roma y de la Banne; á cada esquina creíanse recibidos á tiros aunque conocían el temperamento pacífico de los habitantes, pero la ciudad parecía muerta; apenas si se oía detrás de las ventanas alguna que otra exclamación ahogada; solamente cinco ó seis fueron abiertas; algún viejo propietario en camisa, y con una luz en la mano, osó asomarse; después, cuando el hombre distinguía aquella joven roja que parecía arrastrar en pos de sí una multitud de demonios negros, volvió á cerrar precipitadamente la ventana, lleno de terror por aquella aparición diabólica. El silencio de la adormecida ciudad tranquilizó á los insurrectos, que se atrevieron á entrar en las callejuelas del barrio viejo y llegaron á las plazas del Mercado y del Ayuntamiento que une entre sí una calle corta y ancha. Ambas plazas estaban iluminadas vivamente por la luna; los árboles proyectaban sobre el suelo sombras monstruosas; el ayuntamiento, recientemente revocado, destacábase blanquísimo sobre el diáfano azul del cielo, y en la fachada, el gran balcón corrido dibujaba con delgados perfiles sus arabescos de hierro forjado. Distinguíanse claramente muchas personas de pie en el balcón: el alcalde, el comandante Sicardot, tres ó cuatro consejeros municipales y otros funcionarios. Abajo, las puertas estaban cerradas; los tres mil republicanos que llenaban las dos plazas se detuvieron levantando la cabeza y dispuestos á forzar las puertas de un empujón; la llegada de la partida insurrecta á semejante hora había sorprendido á las autoridades. Antes de ir al ayuntamiento, Sicardot corrió á ponerse el uniforme; luego, á escape, acudió á casa del alcalde; despertóle, y cuando el guarda de la puerta de Roma llegó con la noticia de que los sublevados estaban dentro de la ciudad, aún no había logrado reunir el comandante una veintena de guardias naciona-

les. Los gendarmes, cuyo cuartel estaba cercano, no pudieron ser advertidos. Fué preciso cerrar apresuradamente las puertas para deliberar.

Por odio á la República, M. Garçonnet hubiera deseado defenderse; pero hombre prudente, comprendió la inutilidad de la lucha al no ver en torno suyo más que algunos hombres pálidos y apenas despiertos. No fué larga la discusión, por más que, terco y más terco, el comandante Sicardot quería batirse, y aseguraba que con los veinte hombres que tenía le bastaba para meter en cintura á aquellos tres mil canallas. El alcalde se encogió de hombros, y declaró que no había más remedio que capitular de la manera más honrosa posible.

Viendo que acrecían los gritos de la multitud, asomóse al balcón, seguido de todos los presentes: poco á poco se hizo el silencio; abajo, entre la masa negra y bullidora, los fusiles y las guadañas relucían á la luz de la luna.

—¿Quiénes sois y qué queréis?—gritó el alcalde con voz fuerte.

Un hombre que traía puesto un gabán, un propietario de la Palud, se adelantó, y—¡Abrid la puerta!—dijo sin responder á la pregunta,—evitad una lucha fratricida.

—En nombre de la ley protesto, y os intimo para que os retiréis—replicó el alcalde.

Un rugido ensordecedor salió de la masa de la columna; cuando se calmó un tanto, interpelaciones violentas llegaron hasta el balcón: algunos gritaron:

—¡Venimos en nombre de la ley!—El deber de usted como funcionario es hacer respetar la ley fundamental del país, la Constitución que acaba de ser inicuaamente violada.—¡Viva la Constitución! ¡Viva la República!

Y como M. Garçonnet procurase hacerse oír y